Fútbol americano

Autor: Manolo Campa

Para que nuestros hijos pudieran pasar bien, celebrando "fuera", sin preocupaciones, el Día de los Enamorados, los abuelos nos quedamos "dentro", en casa, cuidando los nietos. En mi hogar se reunió la gente menuda con su energía y alborozo, para ayudar a los abuelos a celebrar su Día de los Enamorados. Los hijos de nuestros hijos son portadores de felicidad. Mi mujer se alegra cuando llegan y se entristece cuando se van. Yo me alegro cuando llegan... también cuando se van.

Los abuelos enamorados podemos ser prácticos sin temor a lucir mezquinos. Los regalos que nos hacemos como manifestación de un amor aún latente, no tienen que ser de oro o plata. No necesitamos "botar la casa por la ventana". Mi enamorada me regaló un paquete de camisetas que le agradecí con un beso y una nalgadita suave de aprobación, como las que le dan los compañeros al pelotero que ha bateado un "home run".

En el mismo supermercado donde me compró las camisetas, yo le compré una botella de vino tinto que bebemos para mantener las arterias limpias. También, para que no tuviese que cocinar ese día, le llevé cajitas de "TV Dinners", helado de chocolate, un flan para mí y "Kool Aid". Y para evitar tener que ayudarla a fregar, también llevé vasos y platos de cartón.

Mientras mi esposa, en la apacible tranquilidad de la cocina preparaba la cena, en el patio yo sentía el devastador peso de los años. Lo bueno y lo malo que tienen los nietos es creer que el abuelo no está viejo... que puede jugar con ellos sin tener que pedir "time outs" de cinco minutos cada 10 minutos.

En su creatividad infantil los niños decidieron jugar una réplica del "Super Bowl". Los tres nietos mayores y una nieta formaron el equipo de los "Miami Dolphins". Los restantes nietos más pequeños y yo, éramos los "Grandpa's Bulldogs". El contenedor verde para depositar la basura y el azul para el reciclaje eran los postes de la portería.

Comenzó el juego. Los contrarios anotaron fácilmente su primer "touch down". Nos tocaba entonces la ofensiva a nosotros. Me dieron la pelota puntiaguda para que yo la llevase. Frente a mí, los nietos mayores se situaron para no dejarme pasar... y no pasé. Me "taclearon", caí al suelo apretando la pelota contra mi estómago, lo que me hizo quedar sin aliento. Encima de mí se echaron todos los nietos mayores del equipo contrario y después lo hicieron jubilosamente los pequeños del mío.

Debajo de aquellos siete nietos, comprimido como una sardina en el fondo de la lata, yacía yo, sin aire, jadeante, aporreado, sin poderme mover... Cuando por fin pude salir de abajo de aquella mole de pequeños discutiendo si abuelo había o no pasado la portería y anotado un "touch down"... se asomó al patio la abuela, mi esposa, para advertirme que tuviese cuidado de no lastimar a los niños. ¡Qué ironía!

Vi "los cielos abiertos" cuando mi mujer nos llamó para que la ayudásemos a preparar la mesa. Como en las películas de historias de amor colocan velas en la mesa donde van a cenar los enamorados, coloqué en hilera las velas gastadas de la Corona de Adviento. Sobre una escalerita de dos escalones de la cocina puse una cazuela con hielo y dentro la botella de vino cubierta con una servilleta blanca, como se estila en los restaurantes finos.

Los niños se disputaban el derecho a encender las velas que no les concedí porque siendo ellos siete y las velas cuatro, siempre quedarían tres descontentos. La abuela las encendió todas. iSalomónica medida! Los nietos no protestaron... lo hizo la abuela que temía que la cera de las velas le manchase el mantel de las grandes ocasiones que me atreví a utilizar.

Terminada la comida, eliminados los platos y vasos de cartón, mientras mi mujer plácidamente conversaba con todos, yo sufría dolores en toda mi arcaica anatomía... estaba como los pescados en la tarima de la pescadería: con los ojos abiertos sin poder moverme.

EN SERIO:

Al comenzar cada nuevo año, invariablemente, la frase del patriota cubano, Francisco Vicente Aguilera: "Nada tengo mientras no tenga patria", me recuerda mi condición de cubano al que le arrebataron el derecho a vivir donde había nacido.

Patria, decía Martí, "es algo más que pedazos de terreno, sin libertad y sin vida. Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines... fusión dulcísima de amores y esperanzas."

Hoy, más que nunca, es esperanza de que llegue el fin de la tiranía. Ilusión en que la justicia, inspirada en la caridad cristiana, sea hecha según el derecho o la razón. Ilusión de que el amor de hermanos, hijos de un mismo suelo, sepulte el odio y la venganza. Esperanza de un futuro sin pasado. Esperanza de que en un clima de paz y prosperidad, haya trabajo para todos que les permita honradamente cubrir necesidades y ahorrar.

Esperanza en que sea establecida una democracia donde el pueblo pueda elegir libremente sus gobernantes entre muchos hombres buenos y capacitados. Esperanza, ilusión, anhelo, confianza en hombres y mujeres capaces de impregnar de Evangelio la vida toda de una República nueva.